

Nosedonde

El casi ciego

Anaité Galeotti

Centro de Estudios
Mexicanos
y Centroamericanos

NOSEDONDE

Llegó tarde al contacto, corriendo sudorosa, la blusa la llevaba pegada a la espalda y el sudor se le enfriaba mientras las manos se le humedecían. Ya no estaba Leonardo. Ya se había ido. Se consoló con que aún le quedaba la reserva dentro de una hora. Se fue al Portal del Comercio a babosear un poco haciéndole tiempo. Enfiló hacia el Pasaje Rubio y se entretuvo viendo las monedas europeas antiguas que don Tito, un viejo nazi camuflado como comerciante judío, mostraba como cebo a los transeúntes para que entraran a su mohoso almacén.

Haciendo tiempo entró a preguntar a una joyería por el valor de unas arras, aunque nunca había pensado en casarse por la iglesia, en esos días lo comenzaba a desear, a lucir bonita en un traje de novia, a bailar horas y horas con Jaime en su fiesta de bodas. Pronto cesó de pensar en eso porque había visto ya dos veces al mismo individuo. La estaban siguiendo.

Corrió por la calle de atrás del Portal y se subió rápidamente a un bus número uno, llegó contrariada al final de la ruta, en el Mapa en Relieve, y subió inmediatamente al que salía de regreso.

El reloj de Catedral marcaba ya la hora de la reserva y se dirigió inmediatamente a la cuarta avenida y octava calle. Mientras hacía como que esperaba un bus en esa esquina vio como un carro Toyota se acercaba velozmente hacia donde ella estaba. La sorpresa le impidió moverse, estaba como clavada. Estaba ocurriendo. Estaba siendo secuestrada para desaparecerla.

Sintió el cuerpo dormido cuando comenzaron a golpearla, a meterle los dedos en la vagina, a apretarle

los pechos. Sentía que estaba soñando. Sólo la sangre caliente le indicaba que estaba viva, que seguía viva. Pronto le costó respirar ya que su nariz hinchada y sangrante, más la bota de hombre contra su cara se lo impedía. Apenas le entraba una miseria de aire, apenas un hilito y de eso dependía su vida.

Al llegar a *nosedonde* se oyó un chirriar de motor acompañado de un chirriar de puertas. Un *iBuenas tardes!* expresado marcialmente, le indicó donde quedaba *nosedonde*. Habían llegado.

Antes de bajarla del vehículo la esposaron y le echaron sobre la cabeza una capucha hedionda. Sólo tenía libres los pies para que pudiera caminar. Y la empujaban para que lo hiciera hacia adelante. No sentía el suelo, no distinguía el tipo de piso, sus pies estaban igualmente adormecidos. No los reconocía.

Por la blusa rasgada le entraba el aire frío de la tarde. Sabía que su muerte ya había comenzado. La idea de cuánto tardaría en hacerse efectiva era lo que más la torturaba desde ya. Caminaron como quince minutos por un piso rugoso y disparejo. Alguien la llevaba del brazo sin impaciencia, lentamente. Se lo agradeció mentalmente.

Este personaje, sin hablarle, la metió a un lugar cerrado, frío, maloliente. El olor a mierda, a orines y a sangre menstrual era insoportable. Era seguramente una celda, pensó. Y debe haber compañeras aquí, pensó. Eso la animó a seguir con vida.

Ahí sentada en el piso frío y sucio repasó los acontecimientos: contacto, reserva, monedas, judío, Portal,

Mapa en Relieve, secuestro. Parecía que todo estaba conectado, parecía que Leonardo la había señalado. Comenzó a dolerle la cabeza fuertemente ante ese sombrío pensamiento. Antes le habían dicho que una de las gemelas, la que estudiaba medicina, salía a señalar compañeros en el centro de la ciudad. Que la habían “quebrado”, que había hablado, que era una de ellos...

No había querido creerlo. No era posible, sobre todo que la gemela había sido quien la había reclutado a ella, y la había formado políticamente. Pero ante el dolor físico una nunca sabe...

Había frío en *nosedonde*, aparte del mal olor había frío y humedad. Pronto sintió los sonidos de unos ratones que pasaron encima de sus piernas entumecidas. Encogió las piernas como para protegerse de las alimañas, pero ahí todavía no empezaba nada.

Como milagro, había dejado de percibir el olor de las inmundicias. Su cerebro ya no los registraba, ahora solamente trataba de detectar la presencia de algún ser humano en ese cuarto. Aguzó el oído y creyó percibir una respiración acompasada y habló: —Compañera, compañero, ¿quién está ahí? Háblenme por favor, ¿quién es, de qué organización es compañero?

Sólo un quejido le respondió, a alguien algo le dolía mucho. Rápidamente se abrió la puerta y recibió una brutal patada en el vientre que le hizo vomitar el almuerzo, además de sacarle el aire. Su cuerpo se volvió una pelota tratando de apartar el dolor, pero le dolía todo. No había otro pensamiento más que para el dolor. El dolor ocupaba todo en su mente. El dolor que no se iba y más bien, aumentaba.

Sin poder calcular el tiempo, oyó ruidos afuera. Entró alguien y la levantó violentamente. La sacó arrastrando del cuarto y la llevó a otro espacio, a otra habitación. Ahí sintió más personas. Casi podía jurar que eran cuatro, pero no sabía cómo los percibía, ya que permanecía encapuchada. Tal vez, pensó, tenemos otro sentido del espacio.

Entre todos la amarraron a los hierros de una cama, cada una de sus extremidades estaba atrapada fuertemente con alambres, no podía moverse, estaba completamente estirada. Y ahí alguien dio la orden: la picana tocó su clítoris y creyó morir, su niñez comenzó a

pasar frente a sus ojos cerrados, como una película en cámara lenta: el muñeco de hule al que le había quitado la cabeza en un berrinche, la escuela y la banca de cuarto grado con clavos que se le hincaban en las piernas hasta que el conserje los clavó profundo, Sor María Rosa y el premio de religión por contestar sin equivocarse las preguntas del catecismo. Andaba tan lejos cuando le pusieron la picana en los pezones que ya no se daba cuenta.

Su cuerpo se revolvió de dolor y los hierros de la cama se le enterraban en las nalgas y en la espalda, y luego nada. Su cabeza comenzaba, así como con el olor, a no sentirlo, a no percibirlo.

—¡Esta cabrona se nos va a ir y no le vamos a sacar ni mierda! Oyó la voz muy lejana, como en una perspectiva de llanura o pampa. —Espérate compa, suéltenla, llévensela, déjenla. Mañana la calentamos otra vez.

Y de nuevo, pero esta vez arrastrada, hacia el cuarto. Hacia la oscuridad y los ratones. Hacia la nada.

Al otro día nuevamente la picana, pero esta vez en las orejas, en los labios, dentro de la boca; alguien le había introducido el pene en su boca gritándole al oído vulgaridades, mientras otro se masturbaba. Enfermos, definitivamente. Al siguiente día la habían colocado boca abajo y le introducían la picana en el ano. El dolor era insoportable, ella no lo aguantaba y mientras se desmayaba, nuevamente el alejarse viendo el desfile de la escuela el día de Carnaval, y viéndose en su disfraz de china, la cola que hizo en el cine Lido por ser la mejor en religión para ver Ben Hur... la huelga de los maestros y a su madre repartiendo propaganda.

Se iba tras los recuerdos, aunque su cuerpo vivo le exigía que sintiera el dolor, que él ahí estaba, que a él era a quien estaban torturando, no a sus recuerdos.

Luego de quince largas e insoportables sesiones en que las preguntas cayeron en el vacío, decidieron cambiar la táctica con ella. Le quitaron las esposas, le dieron un short y una blusa y le dieron de comer carne, verduras y pan. También le devolvieron la posibilidad de ver, quitándole la capucha. Y ahí fue donde sintió más miedo.

Inmediatamente después de ese café y ese pan duro que eran su desayuno, la sacaron a un patio con una fuentecita en el centro y con arriates llenos de flores. Cerca de la fuente había varias bancas de cemento y le ordenaron que se sentara en una de ellas. Cuando sintió, la tenía atrás. Era la gemela bien vestida, maquillada y sonriente: –¿Qué tal vos, que tal estás? –Se le heló la sangre. Era cierto lo que los compas aseguraban, era una de ellos ya. Ya era una residente fija de *nosedonde*.

–¿Te agarraron mano? –Le dijo sonriente, como si se tratara de un chiste o de un juego. –¡Y dice el jefe que no has querido cantar nada! ¡Babosa que sos! Mirá, allá afuera los de la Dirección Nacional ya se la pelaron, ya se fueron, y nosotros de babosos haciéndoles las tareas!

–No, mano, mira, si colaborás te tratan bien, hasta te dan trabajo, no te hacen nada. Mirá, si ellos no son malos, lo que pasa es que lo que nosotros hemos hecho los ha encabronado y como ese es su trabajo, pues ni modo. Tienen razón: ¡hay que hacer respetar la ley!

La oía, la miraba y no lo creía. Hacía apenas un mes que la gemela le había dado una charla sobre mantener la moral alta y ser consecuentes con la Revolución. No lo podía creer.

No respondió. Guardó silencio. La gemela seguía con su perorata, pero ya no la oía. Estaba en la feria de Amatlán viendo cómo su tío le regalaba un enorme yoyo Russell para ganar el campeonato de yoyo de la Coca Cola. Entonces la delatora se puso furiosa al darse cuenta de que estaba perdiendo su tiempo. Llamó a uno de los hombres y le dijo: –Esta cabrona no va a colaborar, ya no pierdan su tiempo con ella, mejor sigan

dándole duro al Leonardo, que luego lo *quiebro* yo. A ese lo conozco muy bien.

La subieron nuevamente atada y encapuchada a la parte de atrás de un camión y su rodilla chocó con otra persona. Se alegró porque no iba sola. Compañero, preguntó en voz muy bajita ¿sabe usted a dónde nos llevan? Le respondió una voz femenina: –Mire compita, no hablé e imagino que usted tampoco, nos llevan en avión a descansar. Así me dijo uno de estos que me daba más comida, porque decía que le dábamos lástima. Ahora salen de nosotros más rápido porque ya casi tienen toda la información, porque han *quebrado* a varios compañeros cuadros.

El aire frío de la pista de aterrizaje la hizo estremecerse. Los subieron a todos y los sentaron en el piso de la nave que no tenía asientos. Unos iban llorando y los golpearon para que se callaran. A ella la invadió una calma desconocida, y nuevamente vio cómo la vacunaban contra la polio con una vacuna muy dulcecita, vio el rostro de su abuela amada cuando la esperaba en la puerta de la casa, y escuchó el ladrido de su perro que le saludaba.

De pronto se abrió una puerta y entró un viento helado. Tuvo un escalofrío. Oyó la voz de la otra compañera que gritaba: –¡Haaaaaaaastaaa la victoriaaaaaaaa! –y ya no se oyó más. Su recuerdo cesó antes de la navidad pasada cuando en su célula habían comprado tamales y se sentían felices. Su cabeza se había estrellado contra la superficie dura y helada del océano Pacífico y cesaron los recuerdos.



EL CASI CIEGO

Poco a poco iba perdiendo la vista. Hacía años que sentía el temor de quedar a merced de los demás. Cuando se fue nublando su visión, la memoria espacial le fue ayudando. Sabía perfectamente que eran 10 gradas para subir al segundo piso de su casa. Que su dormitorio quedaba a la derecha de la escalera, y que a la izquierda estaba el de su mujer, con quien no compartía cama desde los años de la guerra, porque ella se quejaba de lo que tanto y tan seguido él se quejaba: de que lo andaban corriendo los colgados en los árboles, los que él había ordenado asesinar y ella protestaba porque ya no dormía continuo, aunque hicieran el amor.

Cuando su mujer despidió a la gorda de la mucama, que le hacía sexo oral por cincuenta quetzales más, mientras ella se iba a trabajar, se quedó más solo que nunca. La nueva fámula, gorda y cincuentona, como la anterior, tenía su moral y le advirtió: –Mire don Carlos, le voy a decir a doña Meli lo que me está proponiendo. Yo seré vieja y fea, pero soy honrada, así que no me persiga.

Por primera vez fue consciente de sus limitaciones, de lo que había perdido y de lo que tenía. Habían pasado a la historia las grandes comilonas en Casa Presidencial, los banquetes y serenatas con mariachis cuando se acercaba su cumpleaños y los cientos de regalos amontonados unos sobre otros en el garaje, con que lo cumplimentaban sus subordinados.

Recordaba cómo el teniente Mendizábal le había regalado su colección de ejemplares antiguos de Play Boy, y como le servían para masturbarse en el baño que tenía asignado sólo para él, en el campamento de San Julián. Tremendas nalgas y chiches las de las gringas que le hacían soñar con irse a EE.UU. y tener plata para fornicar con todas ellas. Y aunque ver las revistas lo confortaba, le hacía falta tenerlas de carne y hueso, aunque fuera carne nacional.

Recordaba cómo su mujer se había aficionado a ir todos los jueves de cada semana a Miami, a comprar la comida, a hacerse los masajes, a arreglarse el cabello, porque ella no iba a ser menos que las mujeres de los otros colegas. Y aun ajustando, hacía tres tantos de su sueldo, para sus putas y tragos, para su casa y sus hijos

y para los viajes de Meli, que si no, no le daba nada de nada.

Cuando buscaba a tientas una cuchara o un tenedor en la cocina, recordaba las cajas que tenían de finos cubiertos, ya que las amistades llenaban la casa cada 30 de junio y había que darles de hartar y beber fino. Pero no había pena, para eso estaba el Comisariato. Para eso estaba.

El médico le había recomendado hacer ejercicios, pero a Carlos le daba pereza hacerlos. Se había ido encariñando con su vientre prominente que negaba la silueta de joven elegante y apuesto oficial que había sido. Para qué los ejercicios si ya no había guerra. Antes sí. Antes, cualquiera que estuviera panzón era degradado y enviado a la Editorial del Ejército a ordenar papelitos y no disfrutaba de los ascensos.

Y él nunca permitió eso. Por eso fue que lo mandó la Embajada a estudiar a Fort Gullick y luego a la zona del Canal. Para prepararlo, porque apuntaba a ser un cuadro. Era metódico, puntual, ordenado y frío. Un excelente oficial de carrera. Su lado flaco eran las mujeres y el licor. ¡Pero quién no! Si todos sus compañeros eran iguales a él hasta en eso.

Cuando le diagnosticaron la diabetes mellitus, le volvió a recomendar el médico que hiciera ejercicios. Pero fue en vano. Los hijos le compraron un verdadero gimnasio y se lo montaron en el patio de atrás, pero Carlos se mantuvo echado en el sillón de la sala, oyendo, más que viendo, televisión.

–Don Carlos, le decía la fámula, levante los pies por favor que tengo que pasar abajo la aspiradora.

–A la gran, vos Basilia, no dejás de chingarme ni aquí en la sala –y obedecía, acostumbrado a obedecer al menor grito, levantando sus pies para que la mujer barriera.

–Don Carlos –le volvía a insistir la fámula– ¿por qué no sale al patio a hacer ejercicios en esos aparatos que le compraron?

–Por baboso salgo Basilia. Si el vecino de atrás me quiere matar, el de este lado me tiene sentenciado y el otro me gritó el otro día que yo se las iba a pagar.

—¿Y qué mal les hizo don Carlos?

—Lo que pasa es que estuvieron bajo mi mando y yo los jodía mucho. El vecino de la casa de atrás estuvo en el Quiché conmigo, y los otros dos estuvieron en Coatepeque. Y es que como en la Politécnica yo era de los *antiguos*, los jodíamos mucho, los poníamos a lavar la mierda de los baños con las manos, a sacarla y meterla en unas cubetas y así... Por eso me tienen sentenciado los cabrones.

Y pensaba para sus adentros: Dichoso la Chilindrina que ya se peló. Se me adelantó el cabrón, ya está descansando. Recordaba con cierta nostalgia a su cuñado, que había muerto hacía pocas semanas en un accidente de avioneta y lo habían dejado desangrarse sin permitirle atención médica, algunos de los *nuevos* de 1979.

Un día ocurrió un milagro. Estaba oyendo, más que viendo, un programa de televisión y la locutora hablaba de los niños del Quiché que vivían en pobreza extrema. Fue tal su conmoción que la vista se le aclaró y vio como presentaban a niños extremadamente delgados, semidesnudos y descalzos y llamó a voces a la empleada.

Ésta bajó corriendo alarmada, porque pensó que se había lastimado con algo, ya que no usaba el bastón de ciego por pura soberbia.

—¿Qué le pasó don Carlos, qué tiene? —Al verlo sentido se enfureció, pero éste la detuvo diciéndole:

—Mirá Basilia, estos son los niños que nosotros matábamos en la guerra, así eran: flaquitos, pobrecitos. Y no se han terminado. De balde matamos tantos, se reprodujeron como los zancudos. Mejor no hubiéramos hecho nada. Por eso estoy ciego, vos. ¡De tanta cólera

que junté, de tanto susto por los malditos subversivos que a veces nos hacían correr... de tanta gente muerta que ni sabía hablar la castilla! ¡Malditos indios, nunca se van a terminar!

Después de su exabrupto guardó silencio. Eso que había dicho le podía costar la vida, estaba violando el pacto de sangre con sus propios compañeros de promoción. No podía creer lo que había dicho. Menos mal, pensó, que esta cholera no entiende nada y que a nadie se lo va a repetir.

Aprovechando que su mujer había ido al salón de belleza llamó a Manuel, su fiel sirviente en los buenos tiempos, su sombra, casi un perro. Le explicó que lo esperaba el jueves por la mañana, que trajera su carro grande porque le iba a pedir un trabajito.

Y llegó el día. La fámula se encontraba arriba, limpiando el baño de los señores. Entró y subió Manuel en silencio, fue fácil pues la mujer no tenía muchas fuerzas. Fue sencillo meterle la cabeza en el inodoro, ahogarla en menos de cuatro minutos, como hacia él magistralmente en los viejos tiempos y bien doblada, meterla en una bolsa grande de basura, ponerla en la palangana de su *pick up* y dejarla tirada en alguna avenida ignota.

Al regreso del salón su mujer notó la ausencia de la empleada, primero lo lamentó, luego le dijo a Carlos que era una ingrata, que cómo la había ayudado, y por último, lo de siempre: de plano se fue porque la estuviste acosando.

El casi ciego guardó silencio. Todavía saboreaba los whiskazos que se habían echado con su perro, es decir, con Manuel, celebrando el trabajito, como en los viejos tiempos.